

¿POR QUE Y PARA QUE “LA EDAD DE ORO”?

Mirla Alcibíades R.

En las décadas finales del siglo XIX se inició un proceso de cambios que dinamizó transformaciones significativas en la vida económica, social, política y cultural en la América Latina. Esa dinámica de cambios era auspiciada por las élites progresistas del momento y se resumía en la instrumentación de los principios caros al ideario liberal: Patria, Nación, familia, paz, civilización, vías de comunicación, educación, comercio, industrias, secularización, etc. Era lo que los sectores que blandían el paradigma liberal y que pugnaban por consolidar su hegemonía solían resumir en una sola palabra: “progreso”.

De lo que se trataba era de erradicar el modelo económico, social y político que detentaba la oligarquía de la tierra para sustituirlo por una opción que se veía en sintonía con los "nuevos tiempos". Como sucede cuando se asiste a un enfrentamiento entre dos concepciones que se consideran irreconciliables, éste del cual vengo hablando es pasible de ser resumido en una secuencia de expresiones binarias. De partida, podemos recurrir a una primera dicotomía que resume convenientemente la aspiración de las nuevas élites: se pretendía imponer al país-hacienda el país-nación. De esa primera oposición surgen otras del tipo: campo/ciudad, vida bucólica/esnobismo, analfabetismo/educación, religión/leyes, localismo/cosmopolitismo, hacienda/familias, etc. etc.

Si nos detenemos en la última de las oposiciones mencionadas, tendremos el punto de partida que nos permitirá situarnos en la línea argumentativa que es de nuestro interés ahora. Pues sucede que en las últimas décadas del siglo XIX uno de los cambios que se comenzaba a consolidar conducía indefectiblemente a la desaparición de la hacienda y, con ella, del *pater familias* que venía siendo aceptado como paradigma de la organización civil. Es decir, se observa durante esos años que la "casa grande" dejaba de ser el eje de la sociedad y que, en ese desplazamiento, las diferentes realidades nacionales comenzaron a organizarse dentro de los parámetros que proponía el modelo liberal-burgués. Ese parámetro no era otro que la "familia" entendida como el nuevo núcleo alrededor del cual se comenzará a comprender y a conceptualizar la dinámica de la vida urbana.

Era el conflicto entre dos valoraciones del mundo, entre dos maneras de ver e interpretar nuestras realidades nacionales. Puesta a escoger entre esas dos maneras, la historia se resolvió, *grosso modo*, a favor de la segunda. La que significaba el nuevo orden, la que anulaba la vigencia del *pater familias*, dueño y señor de acres de tierra y, si lo apuraban mucho, de vidas humanas.

Es así como, muy pronto, se estableció la identificación entre "Nación" y "Familia". Para ayudar al desarrollo del país había, primero, que fortalecer el núcleo familiar. La Nación era lo que la Familia llegara a ser, ese era, a grandes rasgos, el núcleo del razonamiento. Por allí se explica la importancia que empieza a atribuirse a la mujer (en tanto centro de la terna familiar) y al niño (en tanto representa el futuro, la consolidación de los valores liberales).

Esos dos miembros de la unidad familiar, a diferencia del tercero de sus integrantes, el hombre, no habían tenido una presencia relevante para la historia colectiva del pasado. Los años iniciales del XIX, signados por la guerra de la Emancipación, parecían haber sido concebidos sólo para los hombres. Fueron esos los tiempos de las grandes hazañas en el campo de batalla. Ahora, por el contrario, eran los tiempos para la pacífica vida en sociedad, los tiempos para construir, para comenzar un nuevo proyecto de vida colectiva.

Se comienza a observar, pues, una preocupación cada vez más declarada sobre la mujer y el niño. En relación a la primera no voy a detenerme porque desviaría el tema que es de mi interés en este momento. En lo concerniente a la preocupación por el tema infantil, debo comenzar por decir que sobre todo a partir de las últimas tres décadas del siglo la prensa escrita y el libro se convierten en los principales voceros de esta preocupación. Experiencias más puntuales fueron las representadas, por ejemplo, por José Asunción Silva cuando escribía "Los maderos de San Juan" en donde recuperaba ese recurso propio de las canciones y los juegos infantiles que Alfonso Reyes bautizara con el nombre de "jitanjáfora"; se ensaya en ese poema una musicalidad y un ritmo en el verso que lo hacía asequible a los pequeños lectores. Se sabe, además, que en el naufragio del "Amérique" J.A. Silva perdió los manuscritos resultantes del trabajo de cinco años; entre ellos los materiales de un volumen de poemas *Para los niños*.

En Venezuela, Amenodoro Urdaneta escribía sus *Fábulas para niños* en 1874 y, antes, *El libro de la infancia*, en 1865. En ambos textos se ofrecía una lectura que abandonaba el discurso didáctico propio de los libros pensados para el aprendizaje escolar —por cierto el único tipo de material impreso que se hacía pensando en el pasado para los niños— por un tipo de lectura que favorecía la distracción y el esparcimiento.

La mayoría de los periódicos y revistas del continente comienzan a incluir secciones dedicadas a los niños; los relatos (fábulas, cuentos y novelas), las charadas (juegos de ingenio), los figurines (revistas de modas) y las adivinanzas comienzan a ocupar un espacio significativo en la hemerografía de entonces.

Es en ese contexto donde, a mi manera de ver, debe situarse la aparición de *La Edad de Oro*. La revista que José Martí escribiera para los niños de América entre julio y octubre de 1889.

Si tenemos presentes los valores auspiciados por el discurso liberal de aquel entonces: patria, familia, civilización, educación, industrias, trabajo, paz, vida laica, encontraremos que todos, absolutamente todos, son permanentes inculcados y reforzados al lector de la revista. No es casual que Martí haya decidido ser el único redactor del mensual. Esa estrategia del redactor único nos permite ver que estamos asistiendo a la concreción de uno de los proyectos martianos, en este caso la formación de los hombres y mujeres del mañana: “Este periódico se publica para conversar una vez al mes, como buenos amigos, con los caballeros de mañana, y con las madres de mañana”, dice al comenzar el primer número, y agrega: “para contarles a las niñas cuentos lindos con que entretener a sus visitas y jugar con sus muñecas; y para decirles a los niños lo que deben saber para ser de veras hombres”.

¿Y qué es lo que deben saber los niños para ser hombres, los hombres de mañana? nos preguntamos. Pues bien, los hombres de mañana deben saber:

1. La historia de nuestros pueblos (no es casual que el primer texto sea, precisamente, "Tres héroes"). Para los liberales del continente conocer nuestro pasado era una manera de afianzar el sentimiento nacional, el sentido de pertenencia histórica. Por esa razón durante el siglo XIX surgieron todos los símbolos que expresan la nacionalidad: el himno nacional, el traje típico, el culto a los héroes de la emancipación, las referencias geográficas y culturales que se consideraron el paradigma representativo de la nación, etc.
2. La defensa de la inteligencia, al ingenio, a la educación, al trabajo: las nuevas naciones necesitaban el recurso humano capacitado para asumir el difícil reto de insertarse al comercio internacional. Esos valores están expresados en "Meñique", en "Las ruinas indias" (allí dice a sus lectores: "La superstición y la ignorancia hacen bárbaros á los hombres en todos los pueblos", p. 52), en "Músicos, poetas y pintores" (en un momento señala: "todo hombre tiene el deber de cultivar su inteligencia, por respeto á sí propio y al mundo", p. 57), en "Historia de la cuchara y el tenedor" (donde señala: "Por qué los que se están con los brazos cruzados, sin pensar y sin trabajar, viviendo de lo que otros trabajan, esos comen y beben como los demás hombres, pero en la verdad de la verdad, esos no están vivos", p. 108), "ahora, la fuerza está en el saber" (p. 32).
3. El rechazo a toda imposición colonialista. Por eso Martí permanentemente incluye en su revista (casi siempre en forma de incisos) reflexiones que tienen que ver con el rechazo al poder monárquico y la constante afirmación del derecho a ser libres como pueblos. En esa prédica

democratizadora late, desde luego, la pasión por la libertad de su Cuba natal. Los ejemplos son muchos: "Los países no se pueden gobernar por el capricho de un tirano ("La Ilíada de Homero", p. 20), en Francia "los hombres vivían como esclavos de los reyes, que no los dejaban pensar" (p. 66), "con esos modos de mando que tienen los reyes no llegan nunca los pueblos á crecer" (p. 100), "un francés muy hermoso, que vino de Francia á pelear por que los hombres fueran libres" (p. 114), [en China] "no se gobiernan por sí, como hacen los pueblos de hombres, sino que tienen de gobernante á un emperador (p. 121).

4. La prédica a favor de la hermandad entre los hombres. Conviene acotar en este momento que el alegato a favor de lo que pudiéramos llamar la fraternidad universal colmó las expectativas de las élites intelectuales del siglo XIX en América Latina. Es muy difícil encontrar un autor reconocido de nuestro continente (sobre todo en los años finales del siglo) que no haya tomado para sí esa convicción y no la haya alimentado de los corolarios obvios: bondad, generosidad, amor al prójimo, igualdad entre los hombres, etc. No voy a ofrecer aquí un catálogo de nombres y citas al respecto, solamente quiero acotar que en esa línea se sitúan en *La Edad de Oro*: "Bebé y el señor don Pomposo", "La historia del hombre", "Los dos príncipes", "Los zapaticos de rosa". El que olvida esos principios, es castigado: "El camarón encantado". "La perla de la mora". De hecho, esas ideas son abiertamente expuestas por Martí: "Los hombres tienen las mismas penas, y la historia igual, y el mismo amor, y que el mundo es un templo hermoso, donde caben en paz los hombres todos de la tierra ("Un paseo por la tierra de los anamitas", p. 99) y, páginas atrás, esperanzado había dicho: "como si empezara el tiempo feliz en que los hombres se tratan como amigos, y se van juntando" (p. 45).

¿Cuál es la condición sine que non para alcanzar esa armonía futura? Que los hombres se conozcan (por cierto, esta tesis está en “Nuestra América”): “Ahora todos los pueblos del mundo se conocen mejor y se visitan” (p. 45). El mutuo conocimiento, el acercamiento entre culturas es auspiciado desde la misma revista con la inclusión de los escritos sobre “La Ilíada, de Homero”, “La historia del hombre”, “Las ruinas indias”, “Músicos, poetas y pintores”, “La exposición de París” y “Un paseo por la tierra de los anamitas”.

5. Consolidar el progreso de nuestros pueblos, significa la laicización de la vida ciudadana. Se sabe que la hegemonía del poder eclesiástico se resquebraja significativamente durante la pasada centuria. En ese predicamento se explican las afirmaciones martianas del tipo: “como que son los hombres los que inventan los dioses á su semejanza, y cada pueblo imagina un cielo diferente, con divinidades que viven y piensan lo mismo que el pueblo que las ha creado y las adora en los templos” (“La Ilíada de Homero”, p. 20) y más adelante “Esas son cosas que los hombres sueñan, y llaman demonios á los consejos malos que vienen del lado feo del corazón; sólo que como el hombre se ve con cuerpo y nombre, pone nombre y cuerpo, como si fuesen personas, á todos los poderes y fuerzas que imagina” (“Un paseo por tierra de los anamitas”, p. 103).

Se ha dicho que uno de los aciertos *La Edad de Oro* fue lograr el justo equilibrio entre diversión y aprendizaje. Gutiérrez Nájera, como pocos, lo supo definir desde un principio: *La Edad de Oro* es muy buena porque no es una maestra de primeras letras ni una criada vieja, sabedora de cuentos de hechicería; porque no es la escuela dura ni el recreo inútil, sino la madre cariñosa que habla bonito como mamá habla y tan bien como papá sabe hablar”. Desde luego en *La Edad de Oro* se concentraban ejemplarmente los consejos que Martí daba a María en

carta del 9 de abril de 1895: "Así si serán maestras [se refiere a Carmita y María], contando esos cuentos verdaderos a sus discípulos, en vez en tanto quebrado y tanto decimal y tanto nombre inútil de cabo y de río, que se ha de enseñar sobre el mapa como de casualidad, para ir a buscar el país de que se cuenta el cuento, o —donde vivió el hombre de que habla la historia—. Y cuentas, pocas, sobre la pizarra, y no todos los días. Que las discípulas amen la escuela, y aprendan en ella cosas agradables y útiles".

Y así era, y así sigue siendo. Después de leer el primer número de *La Edad de Oro* no hay si no que salir corriendo a leerse *La Ilíada* de Homero.